

Carta desde Uruguay

La utopía en bandeja

Hortensia Campanella

Un ensayista uruguayo nacido casi con el siglo pasado y hoy poco citado, Arturo Despouey, describió con feliz ironía el Uruguay de las cruciales cinco o seis primeras décadas del siglo XX como «la utopía en bandeja». Efectivamente, ese fue el alimento satisfactorio que se sirvió a los uruguayos durante mucho tiempo: la más avanzada legislación social del continente, una educación universalizada e integradora como pocas aún en la actualidad, una mediocracia culta, la falta de conflictos étnicos y sociales, un Estado Padre y omnipresente que se adelantaba a todos nuestros problemas, nos daba hospitales y teatro, pensiones y casinos, y sobre todo inventó para nosotros el mito autosuficiente de «como el Uruguay no hay», trasladado infelizmente desde una visión exterior al rótulo de «la Suiza de América».

A pesar de que esa idílica visión aparece ya en un horizonte muy lejano batido por la realidad de crisis económica, inestabilidad social y violencia política de muchos años, y por el azote crítico de varias generaciones de intelectuales lúcidos, todavía reaparece de vez en cuando, a veces como bálsamo nostálgico, a veces como punto de apoyo de proyectos de futuro. Es indudable que no resulta paralizante, sino todo lo contrario, el recordar el lema inaugural de la educación uruguaya de finales del siglo XIX, la escuela «gratuita, laica y obligatoria», sobre todo cuando vivimos en un mundo en el que el laicismo naufraga entre diversos fundamentalismos religiosos y en muchas regiones la educación parece un privilegio y no un derecho. Tampoco pueden olvidar el valor de aquella educación quienes han debido salir al mundo expulsados por el exilio político o económico y, ante la necesidad, han encontrado herramientas de respuesta adecuadas en su formación uruguaya. Pero, por fin huérfanos, carentes de una fuerte vertebración como nación y mirándonos en el espejo de la pobreza, se imponen otras reflexiones. Qué y cómo ser parece hoy el dilema de un Uruguay que se ve tan dependiente de su entorno y de las fuerzas económicas internacionales como cuando en los años 60 los sociólogos crearon la famosa doctrina de la dependencia. Sólo ha cambiado ligeramente la apariencia de

los actores, las reglas de juego se han vuelto más despiadadas y la realidad propia se ha deteriorado aún más. El debate intelectual está profundamente ligado al debate político y se plantea qué rescatar de aquel horizonte pasado, cómo superar la incertidumbre y la inestabilidad tan presentes en la sociedad de hoy, cómo crear un relato integrador que posibilite la participación colectiva para crear una alternativa ya no utópica, sino vivible para todos. Además, la probabilidad de un cercano cambio político verdadero hace tal vez más acuciante acertar.

Según la teoría del péndulo, al mito optimista le llegó la hipercrítica de la «Generación del 45», no por nada llamada también «Generación crítica». Uno de sus integrantes, Carlos Real de Azúa, con esa «voluntad de lucidez» que los caracterizaba, habla de la «generación autoflagelatoria» al examinar los rasgos de la ensayística de varios de sus compañeros de grupo. Pero después del cataclismo de los 60 y 70, después del desastre humano causado por la dictadura, con sus secuelas de muertes, desapariciones y exiliados y, sobre todo, de las consecuencias morales de la amnesia obligada, la sociedad uruguaya se ve obligada a pensar para construir, a olvidar aquella dicotomía de que la intelectualidad llevaba a la inteligencia, como la política llevaba a la vida. Hoy parece inevitable, aunque sea tan complicada, la confluencia de reflexión y acción política, de institución y comunidad, de ley y de costumbre. Para ello es necesaria la concurrencia de la imaginación y de la memoria, pero también del espíritu científico en su sentido más abarcador, del esfuerzo como disciplina colectiva y de un ejercicio riguroso de la responsabilidad.

Ese es, al menos, el dibujo de la realidad desde mi orilla. Para quien ve su país desde una cotidianeidad lejana aunque atenta, la distancia actúa como acicate para la comprensión de los debates internos, de las políticas fallidas y de los proyectos de futuro. El paisaje surge del contraste del empecinamiento de la memoria contra el entramado actual, contradictorio, a veces decepcionante, pero en último término dotado con el máximo valor de lo real. El desarraigo que sufre todo exiliado, esté donde esté, no borra el recuerdo de la pertenencia, por el contrario, agudiza la mirada, y aunque le falte la información completa, los sobreentendidos del día a día, también está a salvo de la ofuscación del momento y de la excesiva cercanía. Su mirada puede pasearse desde el dato lejano hasta la última crisis con algo parecido a una serenidad cómplice, hábil para el análisis aunque frecuentemente provoque el dolor de no poder compartir la historia con tu gente.

Hoy en día más de la mitad de la población de Uruguay vive en ciudades, siguiendo también en esto una tendencia mundial. La macrocefalia de la capital, Montevideo, es antigua, pero se ha acentuado el crecimiento de

otros núcleos. Los espacios urbanos fueron un centro de atención del Estado del Bienestar y en el plano simbólico las avenidas, plazas, jardines y parques, con sus monumentos, esculturas y servicios colectivos, constituyeron un ámbito para la democracia. El prestigio de lo urbanístico, como centro social y como referente internacional, se vio rápidamente plasmado primero en las artes plásticas y luego en la literatura, el cine, etc. Ya en 1935 Joaquín Torres García propugnaba «sin olvidar lo próximo, tener en la mente el mundo». Y allí están sus obras ciudadanas, sus calles, sus paredes, sus puertos, imágenes todas ellas cargadas del humanismo que el pintor preconizaba como «su esencia más interesante». Un poco más tarde, y más radicalmente, Juan Carlos Onetti decía en su provocativa sección de *Marcha*, «La piedra en el charco», «Montevideo no existe... hasta que nuestros literatos se resuelvan a decirnos cómo y qué es Montevideo y la gente que la habita». Escritor de ciudad y de personajes urbanos, para Onetti los escritores deben «contarnos cómo es el alma de su ciudad». La construcción del imaginario montevideano está en sus artistas, en sus escritores, en los barrios y balcones de Liber Falco o Felisberto Hernández, en los tipos urbanos de Mario Benedetti. Este último pareció tomar al pie de la letra la frase de Onetti porque no sólo son sus obras estrictamente literarias –poemas, cuentos, novelas– las que abarcan ese mundo montevideano que ha interiorizado, sino que han sido sus artículos y ensayos los que más nos han hablado de los mecanismos expresivos de la ciudad y sus habitantes, de un modo al mismo tiempo crítico y enamorado. Esa misma visión la han tenido otros artistas, Carmelo de Arzadún, Alfredo de Simone, pero también aquellos que intervienen en la ciudad como los arquitectos y los diseñadores. El esfuerzo de estos dos sectores por comprender la realidad urbana y explicitarla a través de su reflexión y su trabajo, coincidente no por casualidad con la acción de los gestores políticos de la capital, ha logrado un renacimiento de aquel Montevideo lúgubre que dejó la dictadura militar, que tiene sus tropiezos más en los problemas económicos –el informalismo ambulante, la polarización de áreas comerciales– que en la concepción y ordenación de los espacios y sus contenidos. Pero los problemas existen, y esa realidad hoy fragmentada y atrapada por la pobreza y la falta de estímulos cae más del lado de la decadencia y la escasez que de la degradación oscura tan del gusto del *flâneur* baudelairiano. Un artista uruguayo que hace muchos años vive en Nueva York, pero que ama intensamente su ciudad, me escribía hace poco: «La apariencia de Montevideo me despertó ternura, es como las arrugas paulatinas en una cara querida, más un asunto de historia que de envejecimiento». La hermosa apropiación del paisaje de la ciudad como interlocutor íntimo no oculta que esa historia

puede ser el enemigo o el protector; del rescate del pasado se puede ir hacia la proyección simbólica de una sociedad viva o hacia la añoranza estéril o desesperada. Pero, como confirma Alicia Haber en su trabajo *Los artistas dialogan con Montevideo*, los artistas «ayudan a pensar a Montevideo», porque «enriquecen con sus relatos la vivencia de la ciudad construyendo con los elementos aglutinantes un imaginario que se levanta contra el individualismo».

Es indudable que las dos últimas décadas han supuesto para Uruguay un desafío en lo político y en lo ideológico, en lo económico y en lo social. El famoso tren de las oportunidades se transformó en nave sideral ajena completamente a cualquier alcance. Y así se profundizó la crisis, al igual que en los demás países latinoamericanos, ahora verdaderamente hermanos, otra mirada «con introvertida superioridad», como señalaba Real de Azúa. Esa crisis trajo la marginalización social, los enfrentamientos, la delincuencia, los fallos en las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, la injusticia, en suma. Sólo las cifras comparativas con el resto de la región disimulan el desastre. Pero de aquellos activos en educación y cultura nos quedan ciertas capacidades de adaptación y superación, y al mismo tiempo una cierta nostalgia de la armonía que puede ser motivadora. Un informe sobre el desarrollo humano en Uruguay de hace pocos años señalaba lo que los autores llaman un «capital de altruismo» con que cuenta la población y que aflora en la diferencia de percepción de lo que le pasa a cada uno y de lo que le pasa al país: a la mayoría le sigue importando mucho cómo viven los demás y no tolera las injusticias que los aquejan. Ese referente de equidad, de solidaridad entre los grupos de una sociedad, es algo más que una esperanza romántica. En la realidad de la lucha diaria ha sido contrafuerte familiar y grupal de la pobreza. Pero por lo menos, en esa clase de expresiones colectivas debería cimentarse cualquier proyecto de futuro. Si a la utopía le quitamos la bandeja, se transforma en un emprendimiento para todos. Según aquella bella imagen del cineasta argentino Fernando Birri, tantas veces citada por Eduardo Galeano, la utopía es como el horizonte, a medida que caminamos hacia él, se aleja, inalcanzable pero meta al fin.